

Se encuentran en su *Espectador* ciertos artículos originales y llenos de fuerza en medio de otros sin color, y que no contienen más que lugares comunes. Distribuido dos veces a la semana en número de tres mil ejemplares, y hasta de veinte mil algunos números, este periódico dió una idea del poder que debía adquirir un día esta clase de literatura. La política de Addison es moderada y conciliadora; pertenece, en religion, al puritanismo, predica la tolerancia, hiere sin destrozar, no se obstina en ver el mal, y encuentra bueno lo que lo es: el cuidado que tiene en lo concerniente a las mujeres, indica que las costumbres públicas comenzaban a recobrar cortesania; tuvo el mérito de trasladar la filosofía del gabinete al hogar doméstico, aplicándola a las costumbres, sentimientos y necesidades de la nación; y si fué de esta manera menos universal, consiguió ser para los suyos más oportuno. Con respecto al gusto, el amor a la forma le hace ensalzar a los franceses, vituperar a Shakspeare, y a la efusión de sangre en la escena. Quiso también oponer a los géneros nacionales su tragedia de *Cato*, compuesta en Italia (4), y cuya regularidad y versificación son muy perfectas; pero no se sostiene sino con continuas alusiones a ambos partidos.

Pope, 1688-1744.—La corrección y el gusto forman el carácter de sus obras, pero nunca el genio. Lo mismo acontece con los demás escritores favorecidos por la reina Ana y por lord Halifax, a cuya cabeza marcha Alejandro Pope. Declarado a la edad de veinte y cinco años primer poeta de Inglaterra, resultó simple literato. Tradujo a Homero; pero poco acostumbrado a la amable sencillez de los siglos heroicos, lo hizo a la moderna, como Cesarotti en Italia: sin embargo, en la Inglaterra todo el mundo quiso poseer su libro, que le valió ciento veintiseis mil francos. En su carta de *Eloisa a Abelardo*, la perfección del arte simula admirablemente el desorden de la pasión. La *Dunciada* que compuso contra los libreros y los críticos, es una baja violenta diatriba, en otra sátira en que ataca las costumbres modernas, su expresión es familiar, y hay viveza de imaginación. El *Ensayo sobre el hombre* se compone de cuatro epístolas, que no tratan con extensión el asunto, y en las que profesa una especie de optimismo. La materia no es enteramente digna de elogios; pero sí lo es la forma brillante con que reviste la rápida sucesión de las ideas, y la feliz osadía de las expresiones. Se valió de las ideas de Dryden en el *Ensayo sobre la crítica*: el poema cómico del *Bucle de cabellos robado* manifiesta que no carecía de imaginación. Uniendo a una versificación melodiosa gran facilidad de expresión, poseyó en supremo grado el estilo conciso y mordaz que dan nervio a la sátira y a las epístolas; pero carece del

conjunto de cualidades que forman el verdadero poeta.

Los escritores ingleses del siglo de oro, aunque lejos de elevarse al nivel de sus ilustres predecesores, tienen el mérito de hacerse inteligibles a todas las capacidades. La imaginación dormía; y, aunque podía ser estimulada por las costumbres de la época y por los numerosos acontecimientos que vió nacer, no produjo nada que se asemeje a las obras de los grandes novelistas del siglo siguiente. El padre del género fué, dicen, un tal Juan Bunyan, calderero visionario, después soldado de Cromwell, que, habiendo permanecido preso trece años como anabaptista y jefe de partido, escribió el *Viaje del peregrino*, es decir, de un alma al través del mundo, singular alegoría, pero muy fastidiosa en el día: ensalzada entonces hasta las nubes, se hicieron hasta cincuenta ediciones de ella, se tradujo a varias lenguas, y disfrutó de gran favor entre los protestantes.

De Foe, 1663-1731.—Era un ataque puritano al espíritu vivo y frívolo de Swift y de Addison, y esto fué también la novela de Foe. Daniel de Foe, periodista dialéctico, historiador satírico y controversista ardiente, consumió su vida en imitar y escribir novelas que sostuviesen el calvinismo; falsario, aunque con buen fin, a la poderosa sencillez de un juicio recto, inmolaba la espléndida imaginación de las principales facultades de la inteligencia. Puesto a la vergüenza por sus ideas políticas, exclamaba: *Adios, vergüenza, geroglífico de deshonra, símbolo de infamia, que harás mayor mi reputación*. Estando preso se consolaba con la lectura de las aventuras de Selkirk, marinero que estuvo algún tiempo en una isla deshabitada (tomo VII, pág. 252); y combinando este hecho con sus necesidades y sentimientos actuales, creó el *Robinson Crusoe*. La sencillez de Robinson y de Viernes contrastaba con el estilo ampuloso del *Ciro* y del *Artamenes*; y creyendo, en conformidad con su fe, que todas las acciones son sagradas, las pintó con indecible minuciosidad y ni aun le chocaron las trivialidades.

Robinson tiene ingenio, pero no pasión, inventa las artes necesarias, pero nunca las hubiera perfeccionado; se acuerda de Dios, lee la Biblia, pero no ama, no le agitan las memorias de lo pasado, ni los deseos de volver a su patria, ni echa de menos una compañera que participe de sus goces ó de su miseria. Sin embargo, este libro, aunque árido, sin nada ideal ni artístico, estaba llamado a agradar a una sociedad hastiada de la vida de las poblaciones; además sus defectos están sobradamente redimidos por el placer que proporciona ver al hombre abandonado a sus propios recursos, satisfacer sus necesidades, y en cierto modo reconstruir la sociedad.

Dedicáronse con más éxito los ingleses a los estudios serios, y la Sociedad Real hizo prosperar las ciencias experimentales. Roberto Boyle perfeccionó la química y la máquina neumática. Jaime

Gregory inventó el telescopio de reflexión, y buscó la cuadratura del círculo por medio de una serie convergente; Juan Napier inventó los logaritmos; Harvey, Wren, Wallis, Hooke, Halley, Barrow, obraron parcialmente en este campo, que lo comprendió todo el genio de Newton. Browne había elegido un hermoso tema, en el *Exámen de los errores vulgares* (1646); pero aquellos de que se ocuparon son verdaderamente vulgares, y no conocí otro argumento que el puro empirismo. Físico mediano, trató con sincera curiosidad cuestiones pueriles: por ejemplo, si los machos y las hembras tienen el mismo número de costillas; si Matusalen fué el hombre que vivió más; si Adán y Eva tenían ombligo. Cree en los sortilegios, sobre los cuales los mismos filósofos continuaban publicando obras, tales como el tratado de las apariciones (*Sadducimus triumphatus*), del jurisconsulto José Glanvil.

Harrington, 1611-77.—Las vicisitudes que habían pasado hacían meditar a los ingleses sobre la naturaleza de los gobiernos, para sustituir alguna cosa nueva a la antigua monarquía destruida entonces. Ahora bien, se abandonaron en esto a la indisciplina ciencia que por lo común acompaña el desorden de los hechos, como si fuese el destino de las naciones atravesar, antes de recobrar su puesto, la indomable turbulencia de los actos y el desenfrenado extravío de las ideas. Así como el país había fluctuado entre el despotismo y la república, entre la persecución puritana y la reacción católica, del mismo modo los publicistas ingleses incurrieron en los extremos, inspirándose con los mismos acontecimientos para sacar opuestas consecuencias.

La *Oceana* de sir Jaime Harrington es una alegoría política, en la que sienta ideas generales sobre las constituciones antiguas y modernas para ofrecer la imagen de una constitución perfecta, sacada de lo mejor que encuentra; de esta manera llega a una república bajo los auspicios de Olfaus Magaletor, arconte, que no es otro que Cromwell. Después de haber sentado un afimismo, le desenvuelve en discursos que gozan aun de cierta reputación. No inquiere cuál es la mejor forma de gobierno, sino que hace consistir su perfección en un equilibrio tal, que ni los ciudadanos aislados ni las clases puedan tener interés en sublevarse, ni fuerza para ello. Pero cree, no obstante, que mejor que en la monarquía pura ó constitucional, puede hallarse este equilibrio en la república; y republicana es la *Oceana* con elementos enteramente aristocráticos y representativos. Las elecciones debían hacerse por parroquias, por distritos y por tribus, y de ellas debían salir los diputados que hacen las leyes, y los magistrados que las hacen obedecer. Los ciudadanos estaban obligados a hacer el servicio militar, activo los jóvenes y de guarnición los viejos. Para adquirir derechos políticos se necesitaba una riqueza suficiente ó dar independencia; la doctrina, pues, y la prudencia no son poder ni éste puede conferirse más que a la

propiedad estable, regulada por las leyes agrarias. Sobre esta base se eleva el edificio social en tres órdenes: un senado que discute y propone, el pueblo que decide, el magistrado que ejecuta. Para completarle, el autor establece una aristocracia de las clases medias, que apenas convendría a un Estado pequeño; en su consecuencia, concede a Venecia, como muchos de sus contemporáneos, la admiración de que es objeto en el día para nosotros la Inglaterra, y no encuentra motivo ni interior ni exterior para que decaiga hasta el fin del mundo. Trata de demostrar que la revolución no ha nacido de la tiranía de los reyes ó del capricho de los pueblos, en atención a que los Estados se rigen por leyes naturales inevitables, sino de haber cambiado las relaciones de poder entre el rey, la nobleza y el tercer estado, y añade que los efectos no podrán evitarse mientras subsistan las causas. Harrington fué el primero que proclamó que «la bondad y duración de una constitución depende del equilibrio de la fortuna de los súbditos, cualquiera que sea el gobierno.» Todos los partidos se opusieron, pues, a la publicación de una obra que no lisonjeaba a nadie, y especialmente los republicanos. Con el tiempo demostró la restauración que guardaba rencor al autor, y le persiguió con pretexto de conjuración.

El *Patriarca* de sir Roberto Filmer (1604-77), contrariaba el sentimiento republicano, sosteniendo que los primeros reyes fueron los padres de familia; de lo que resultaba repugnar a la naturaleza que el pueblo gobierne ó elija sus jefes, ó que leyes positivas disminuyan el poder natural y paternal de los príncipes. Esta tesis, conforme al espíritu de la época en que Carlos I sostenía las prerogativas monárquicas, encontró numerosos partidarios; pero fué refutada por Algernon Sidney, ardiente revolucionario, que acusado de conspirar con Monmouth fué enviado al suplicio (1683). Su *Discurso sobre el gobierno* es reputado clásico en el derecho político.

Hobbes, 1588-1679.—Un hombre de un talento vigoroso, disgustado de los excesos de la revolución, se hizo apóstol de la tiranía ilimitada, adelantando a Espinosa en la filosofía de la sensación, y continuando a Maquiavelo en el empirismo político. Tomás Hobbes, de Malmesbury, fué veinte años preceptor del conde de Devonshire, con quien viajó por Francia é Italia, donde conoció a Galileo y a otros ilustres personajes: dirigió siempre sus estudios hacia un fin práctico. Tradujo a Tucídides, como propio para demostrar a la Inglaterra los males de la discordia y del liberalismo, al cual opuso su libro del *Ciudadano*, impreso en el extranjero en 1642 por un corto número de amigos, publicado luego de nuevo cinco años después con notas en contestación a las críticas que había producido. Expresó su idea con más profundidad y colorido en el *Leviathan* (1651). Finge en él que Dios, para manifestar a Job su poder, le hace ver a Behemoth y a Leviathan, monstruos fantásticos.

(4) La parte que más agrada en su viaje por Francia é Italia, es la *Historia de San Marino*.

pero de los cuales el segundo personifica el Estado, enorme animal que tiene vida por las combinaciones del arte. Persuadido que lo que no era entonces más que un accidente formaba la naturaleza del hombre, la declaró perversa, y proclamó la necesidad de enfreñarla. Aunque ama la libertad especulativa del pensamiento, para poder predicar el materialismo, no comprende la libertad civil; quiere la independencia metafísica y enseña una servidumbre peor que la de los turcos.

La filosofía, según él, es el conocimiento de los fenómenos, deducida, con ayuda de un razonamiento justo, de la observación de las causas presentes ó posibles, y recíprocamente el conocimiento de los resultados posibles de los efectos observados. Es necesario desterrar todo postulado hipotético, para sujetarse á los únicos hechos, que se reducen á un movimiento y á una sensación. Admitiendo que no hay ideas si no son engendradas por las sensaciones, saca en consecuencia un ensayo de psicología incompleto; pero en el que la teoría del razonamiento es digna de observación. Todo razonamiento, dice, se reduce á buscar el todo con la ayuda de la adición de las partes ó una parte por la sustracción; de tal manera, que la deducción y la inducción no son más que formas de la ecuación, procedimiento general de la razón humana. No le quedaria, pues, á la filosofía más que la ciencia de los cuerpos, la psicología y la política. Todas las ciencias deben espresarse con fórmulas matemáticas; las que no lo puedan no tienen realidades accesibles á nuestra inteligencia. En suma, hábil matemático, razona Hobbes de una manera concisa; de manera que puede ilusionar sobre la errónea base de que parte: excelente lógico, sienta mal los principios, como los que calculan con exactitud, pero con falsos datos.

De la materialidad de su principio deduce dos corolarios: en lo concerniente á la inteligencia, las palabras que espresan lo incorpóreo, lo infinito, carecen de sentido, pues representan cosas que las sensaciones no demuestran: debe, pues, desterrarlas la filosofía; y es cierto que en virtud de la ley de asociación, que encadena las sensaciones, y hace que el espíritu humano se remonte de causa en causa, se llega á la idea de Dios: pero como causa física, en atención á que toda noción de la naturaleza divina, según él, es ininteligible.

La voluntad no se encuentra determinada sino por las sensaciones desagradables ó penosas, y por las nociones complejas de felicidad ó malestar, formadas por las sensaciones generalizadas. En su consecuencia, el deseo que impele al hombre al goce es de derecho ilimitado, pues no se le puede concebir subordinado á ninguna ley moral. No se diferencia, pues, el hombre de los demás animales sino en que une la astucia á la fuerza. Ahora bien, como cada uno procura su conservación y goce, sin más límites que el poder, resulta la guerra de todos contra todos; el uno maltrata al otro. Si es fuerte tiene razón, si débil no. Pero precisamente

porque aspiran á conservarse y á gozar, es por lo que los hombres conocen que el mejor medio de conseguirlo es reunirse en una sociedad civil, renunciando á una parte de sus derechos naturales para garantizar los demás, y constituyendo una fuerza pública, cuya voluntad pueda prevalecer sobre las voluntades particulares.

Platon habia establecido una armonía ideal, y Hobbes estableció un desorden ideal: éste pertenece, pues, á la escuela materialista, que invadiendo aun en el día la economía política, considera el hecho como un derecho. Los antiguos tenían la esclavitud, y la encontraban justa y natural. Hobbes ve á las naciones ocupadas de ellas solas, de sus intereses, de su gloria, de su grandeza, maquinando sordamente las unas contra las otras, ligándose varias con perjuicio de una sola, ve en lo interior de ellas á las clases en guerra unas con otras; á las familias, los sexos y los individuos tambien en guerra: saca, pues, en consecuencia que la guerra es natural; y sobre este estado habitual fundará el derecho, más bien que sobre la paz que es la excepción.

Creer que lo que existe en el día existirá siempre, es un fanatismo desconsolador. No le agrada, pues, como á Rousseau el estado salvaje, considerado empíricamente como natural al hombre; por el contrario, teme que no volvamos á incurrir en él. Quiere, pues, suprimir todo lo que favorezca á la libertad y á la independencia; justifica todo lo que hace duradera la constitución del Estado. Si el hombre es una fiera, preciso serán cadenas para contenerle; y examinando las diferentes constituciones, censura amargamente la democracia. Desaprueba menos la aristocracia, con tal que se una al gobierno de uno solo; pues si la humanidad está siempre en guerra los ciudadanos son un ejército; de donde se sigue que el jefe debe ser absoluto y árbitro de la vida, de los bienes, del honor, sin ningún freno moral ni civil. La moral, en efecto, se reduce á la utilidad pública de la que es juez el soberano. La ley civil no sería más que un contrapeso de los poderes para obtener una justicia, que es puramente una idea especulativa y desconocida.

Aun quedaria la religión; pero se inquieta poco de ella, en atención á que el cristianismo, según él, consiste en creer en que Jesucristo fué enviado para fundar en la tierra el reino de su padre; con respecto á lo demás, es necesario que la iglesia nacional permanezca bajo la dictadura del Estado, intérprete supremo de las Escrituras; despotismo inevitable, si no se quiere que se abandone la interpretación al capricho individual ó á una autoridad estraña al Estado.

¿Y si el príncipe quisiera cambiar la religión? Aun en este caso no es lícito resistirse á él, y más valdría morir mártir. De esta manera es como con un heroísmo burlesco aconsejaba á los católicos dejarse degollar, y esto para fundar la omnipotencia de su rey, que no hubiera habido medio de reprimi-

mir sino volviendo al terrible estado de guerra (5).

Véase, pues, al alma reducida á un ser más sutil á una cosa que no existe; la inteligencia al movimiento de ciertos órganos; Dios á no sé qué de incomprensible. El derecho es la fuerza, la justicia es el interés; y el hombre llama bien á lo que le conviene y mal á lo que le incomoda. En su consecuencia, Hobbes fué siempre del partido dominante en los tres cambios de que se le hace un cargo. Y como Clarendon le preguntara por qué proclamaba semejantes doctrinas, contestó, después de una conversacion medio seria medio burlesca: «El hecho es que tengo gana de volver á Inglaterra.»

Pero habiendo vuelto á ascender al trono los Estuardos, no quisieron tampoco prevalecer de aquellas inmorales máximas de un despotismo, que no tienen siquiera, como las de Maquiavelo, la oportunidad práctica; y de una religión hipócrita, que no se sirve de Dios más que para arrebatar á la libertad del hombre su último recurso, Hobbes es, pues, el reverso de Harrington. Visionarios ambos; el uno, Hobbes, ensalza la fuerza brutal que quiere defender lo pasado, condena toda resistencia al poder, todo lo que se dirige á restringirle, aun el derecho á los particulares de juzgar el bien y el mal, creer que los príncipes estén sometidos á las leyes, y que los ciudadanos son propietarios de sus bienes (6). Harrington pretende el derecho

(5) Hobbes se resume en estos términos al fin del *Leviathan*: «Si hubiese escrito para corazones vírgenes hubiese sido más breve, y me hubiera bastado lo que sigue: Sin ley, los hombres, por el derecho de todos sobre todos, se asesinarían en una mútua matanza; las leyes sin castigos, los castigos sin poder son inútiles; el poder sin armas y sin fuerzas, reunidos en manos de uno solo, no es más que una palabra y no sirve ni á la paz ni á la defensa de los ciudadanos. Todos los ciudadanos están, pues, obligados por su propio bien y no por el de los gobernantes, á defender la causa pública, consolidarla con todo su poder, y esto al gusto de aquel á quien han dado la supremacía. Este es el resumen de la primera y segunda parte.

»Además, en atención á que en los escritores sagrados (cuya lectura se permite y recomienda á todos por nuestra iglesia) se encuentra la vida eterna y la salvación de todos, que cada uno, con riesgo de su alma, los lee y los interpreta; es, pues, justo que las conciencias no estén cargadas con más artículos de fe que los necesarios á la salvación; he esplicado en una tercera parte cuáles son estos artículos. He dado á conocer en la última, á fin de que el pueblo no fuese seducido por doctores, los ambiciosos y astutos proyectos de los adversarios de la iglesia anglicana.»

(6) *Judicacionem boni et mali ad singulos pertinere, seditiosa opinio. Peccare subditos obediendo principibus suis, seditiosa opinio. Subjectos esse legibus civilibus* (Nótese que Hobbes no admite leyes naturales) *etiam eos qui habent summum imperium, seditiosa opinio. Imperium summum posse dividi, seditiosa opinio. Civibus singulis esse rerum suarum proprietatem, sive dominium absolutum, seditiosa opinio.*

de todos contra el pequeño número y adelanta lo porvenir; el uno quiere comprimir las pasiones, el otro procurarles un alimento que las haga menos malélicas. La intención de Harrington es mejor que los medios; el medio de Hobbes vale más que el principio.

Cumberland, 1632-1718.—Ricardo Cumberland, obispo de Peterborough, se indignó de esta insensata difamación de la libertad humana, en su *De legibus naturæ disquisitio philosophica* (1672). En lugar de argumentar sobre las leyes humanas *a posteriori*, es decir, con arreglo al testimonio de los autores y de las naciones, y como lo habían hecho Grocio y Selden, las dedujo como efectos de las leyes de la naturaleza: abandonando las ideas innatas de los platónicos, se sujetó á lo que se enseñaba en el uso diario, sin conservar más que las leyes físicas del movimiento, y su derivación de la voluntad de una primera causa. Después creyó que las leyes morales podían reducirse á una sola, á la indagación del bien común de todos los agentes racionales, dirigido al bien de nosotros mismos como parte del todo; al paso que el modo de obrar contrario perjudicaba, según él, no sólo al sistema universal, sino á nosotros mismos, en las consecuencias remotas.

Cumberland rechazó enteramente, con un nuevo ejemplo, los argumentos sacados de la revelación, y fundó la escuela *utilitaria* sobre el bien común, rigiendo un sistema de moral. Refutó, pues, continuamente al egoísta Hobbes; la benevolencia universal es, según él, la regla de la virtud; y un cálculo dirigido hacia la mayor ventaja general, es la medida de las acciones virtuosas. Este es un peligroso sofisma.

Locke, 1632-1704.—Juan Locke ayudó con más eficacia á la restauración de las sanas doctrinas, y contribuyó más á reprimir los principios tiránicos de los reyes y del pueblo, y hacer que se repusiese la libertad que Hobbes habia menospreciado. Metafísico mediano, diferencia con buen sentido del gobierno político la autoridad paterna, fundamento de la familia, y niega el aserto de Filmer, de que Adán recibió poder sobre sus hijos, y que pudo transmitirle al mayor. El estado de naturaleza es la libertad y la igualdad perfecta, aunque en los límites de la ley natural que obliga á todos los hombres. Su ejecución se encuentra confiada á todos, pudiendo éstos castigar á los trasgresores de la ley por su propia cuenta y por la del otro. Para que un individuo esté sometido al poder, es preciso su consentimiento, que con frecuencia es tácito, como lo sería el hecho de establecerse uno en una sociedad. El fin principal de ésta es gozar con seguridad y tranquilidad de los bienes que posee; la ley fundamental es, pues, la que establece el poder legislativo.

La libertad natural es la independencia de toda autoridad, escepto de la ley de la naturaleza; la libertad civil es la independencia tambien de toda autoridad, escepto de aquella que ha sido confir-

mada por una legislación establecida en virtud de comun acuerdo.

Locke deduce de una manera original y clara, aunque insuficiente, el derecho de propiedad del trabajo, en atención á que constituye una gran parte del valor de cada cosa; pues es por él sólo por lo que el pan difiere de la bellota, el vino del agua, la tela de las hojas: teoría verdaderamente mucho más cierta que la de Grocio y Puffendorf, y que las declamaciones de Rousseau contra los bienes raíces.

Los padres adquieren autoridad sobre sus hijos, no por el hecho de haberlos engendrado, sino por el cuidado que tienen con ellos; de tal manera, que cuando este cuidado cesa, el poder del padre concluye. La necesidad produjo la primera comunidad de existencia entre el marido y la mujer, entre el padre y sus hijos; y pronto se añadió á ésta la del amo con sus servidores; hombres libres que se comprometían por un sueldo, ó esclavos que se cogían en la guerra. Aunque semejante familia tenga alguna semejanza con algún pequeño Estado, difiere esencialmente en que el derecho de vida ó muerte no pertenece al jefe sino sobre los esclavos. Hasta este punto cada uno tiene el derecho de castigar á aquel que viola las leyes de la naturaleza; pero una vez establecida la sociedad civil, sus miembros resignan este poder natural en la comunidad, y su conjunto constituye el derecho legislativo del Estado, ora proceda de un consentimiento general á la institución primitiva, ora de sucesivas adhesiones. De esta manera los hombres pasan del estado de naturaleza á la sociedad política, concentrando en el magistrado el derecho, al principio comun, de castigar los delitos. Cuando se encuentra formada la comunidad, el consentimiento de la mayoría obliga á la minoría. La monarquía absoluta no es, pues, una forma de gobierno civil; pues cuando no existe una autoridad comun á la que se pueda recurrir, el soberano permanece en estado de naturaleza con respecto á sus súbditos.

Locke no está, pues, distante de creer que las sociedades civiles comunes se hayan modelado con arreglo á la sociedad patriarcal, reconocida por cada familia para resolver las diferencias y castigar los desafueros, trasladada después á algún personaje, como representando al jefe de la nueva comunidad. El primer gobierno hubiera sido, pues, despótico hasta el momento en que sus abusos hicieron conocer la necesidad de limitarle con ayuda de las leyes. El poder supremo, es decir, la autoridad legislativa, es inalterable en las manos á que le ha confiado la comunidad, pero no es absoluta; pues no puede atentar á la vida y á la fortuna de sus súbditos, ni imponer contribuciones á su antojo, pues de esta manera violaría la ley de propiedad, y desconocería el objeto del gobierno. No es tampoco enajenable, pues es una delegación del pueblo. Esta doctrina ha sido muy combatida, en atención á que si se admitiese, todos los go-

biernos que existen en el día en Europa debían considerarse como usurpadores.

El poder ejecutivo, aunque supremo, se encuentra subordinado al pueblo, que en caso de abuso por su parte puede apelar al cielo. La conquista en una guerra injusta, y las promesas arrancadas por la guerra no dan derecho. Si no somos bastante fuertes para resistir, nos queda la paciencia; pero los hijos pueden apelar al cielo hasta que hayan recobrado el derecho de sus padres y un gobierno de su elección. Aun la conquista justa no confiere otro derecho que la reparación de la injuria, y la posteridad del vencido no debe sufrir por las culpas de los padres. El mismo razonamiento se aplica á la usurpación y á la tiranía. Un príncipe disuelve el gobierno cuando se opone á las leyes, impidiendo la reunión regular de la asamblea legislativa, cambiando la forma de elección, sometiendo el pueblo á extranjeros, y hasta descuidándolo. Como se podría objetar que ningún gobierno podría subsistir si al pueblo se le concediese la facultad de cambiar la legislatura cada vez que estuviese descontento de ella, contesta Locke, que los hombres se aficionan de tal manera á las antiguas instituciones, que las soportan sin murmurar mientras pueden, y que no hay nada más eficaz para hacer que los gobiernos respeten el derecho de resistencia.

Conócese fácilmente en esto una teoría del momento más bien que perpetua; siguen además incesantes alusiones á los abusos cometidos por los Estuardos, y á la legitimidad de la revolución hecha por el pueblo, sosteniendo el derecho de fundar un poder nuevo para representarle y defenderle. Por otra parte, ¿qué gobierno resistiría á la prueba que impone? La teoría de Locke no es tan conexa en sus deducciones que baste para satisfacer al pensador. Sin embargo, el derecho razonado de la resistencia, apoyado por la última revolución, fué adoptado por una nueva escuela política.

De esta manera pudo Hobbes adquirir gloria en sus paradojas originales, pero felizmente sin ninguna influencia. Animado Locke por el amor al hombre y la humanidad, contribuyó á estender una idea práctica de la libertad, y una tolerancia muy necesaria. Fundada aquella tolerancia en un contrato social por el cual el hombre concedió únicamente al magistrado el poder necesario para garantizar, conservar, mejorar los intereses civiles, pero no las almas. De donde deduce que se deben tolerar todos los cultos no inmorales, y las doctrinas que no repugnen á un buen gobierno, como las de los católicos.

En medio de las sectas que pululaban en su país, pensó Locke poder introducir alguna unión, circunscribiéndose á los dogmas que debe precisamente admitir todo cristiano. Enseñó, pues, en el *Cristianismo razonable* (1695), que espulsado Adán del paraíso, perdió el derecho á la inmortalidad, lo que fué causa de que su descendencia no se perpetuase más que para morir; Jesús introdujo

una ley cuya observancia devuelve la inmortalidad, no en esta vida, sino en la otra; es el Mesías, y debemos desear conocer lo que ha enseñado, practicar lo que ha prescrito; es bueno creer los demás dogmas sacados de las Sagradas Escrituras, pero no se condena el que no los crea.

Alabóse esta doctrina como destinada á extinguir infaliblemente las animosidades entre los cristianos, á pesar de las diferentes opiniones que po-

dian dividirlos; pero se sabe cuáles han sido sus efectos. Es más bien un síntoma del deísmo que invadía á la Inglaterra y que fué reducido á sistema por Herbert, conde de Cherbury, que quiso establecer la religión natural sobre las ruinas de la revelación. Su discípulo Blount publicó los *Oráculos de la razón*; Toland en el *Cristianismo sin misterios*, y Bury en el *Evangelio desnudo*, sustituyeron el razonamiento á la fe.